

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

EL LABORATORIO DE ARQUEOLOGIA DE 1940 A 1950

ILUSTRES SEÑORES;
SEÑORAS, SEÑORES;
AMIGOS :

No es necesario que insista en lo grato que es para mí el volver a esta provincia que, como ha dicho muy bien don Julián San Valero, es como mía, porque exhibo con orgullo el ser hijo adoptivo de Montesa, localidad de la provincia de Valencia. Por lo tanto, soy hijo de ella, aunque sea por adopción. Yo he aceptado con mucho gusto el venir a hablar aquí, no solamente por lo grato que es para mí el estar en Valencia con mis amigos, o aunque sea solamente paseando por sus calles, rememorando tiempos pasados, sino porque quizá les podría servir mi testimonio para hablar de diez años del Laboratorio de Arqueología, importantes, a mi entender, no porque fuera yo entonces el responsable de la iniciativa de la dirección del Laboratorio, sino porque son los años de la postguerra en España, en donde tantas cosas se habían dislocado, y tantas se habían perdido y tantas cosas se habían de reconstruir. Era, por tanto, una etapa difícil, desde muchos puntos de vista, porque viejos maestros habían desaparecido, porque no había personal docente suficiente, porque había alumnos que tenían prisa, como es lógico. Recordemos aquellos cursillos, llamados un poco humorísticamente *patrióticos*, o que también podíamos llamar egoístas, porque la gente quería ir, como Marcel Proust, a la busca del tiempo perdido (tres años), que había que recuperar de alguna manera, rápidamente. Y, sin embargo, dentro de esa rapidez, de esa prisa, había no solamente que darles la posibilidad de una licenciatura, sino también insuflarles interés por las cosas, y que tuviera un contenido ese título que iban a recibir. Años realmente, como digo, sin las facilidades que pueda haber dentro de la normalidad, aunque, como vemos en los tiempos presentes, cuando se establece una normalidad, siempre hay motivos para alterarla. Años difíciles porque faltaban hombres, como por ejemplo don Luis Gonzalbo, al que se ha hecho referencia

hoy, y que fue el creador y el fundador del Laboratorio, con sus entusiastas alumnos, entre los que estaba don Felipe Mateu y Llopis, cuya catalogación de las monedas imperiales romanas hemos escuchado en esta misma sesión; estaba ya jubilado. Yo consideré una obligación mía, y en ello me ayudó mi entrañable amigo desaparecido, al que recuerdo siempre con afecto, Manuel Dualde, ir a visitarlo en su casa de Burjasot, para que hubiera una especie de continuidad entre la labor antigua y la que íbamos a empezar.

¿Qué es lo que cabía hacer allí? Hablamos muy cordialmente. No volvimos a vernos, porque estaba ya delicado, pero sí pude contar con su alumna y ayudante, que sería mi auxiliar y mi colaboradora indispensable, también hoy desaparecida. Todos lloramos su pérdida, porque todavía podía estar entre nosotros. Me refiero a doña Olimpia Arocena, que con entusiasmo, con perseverancia, con laboriosidad y, sobre todo, además, con gran conocimiento, se sumó a lo que llamaríamos la *nueva etapa*, en que había, naturalmente, problemas y planteamientos nuevos. El único catedrático de Historia que podía enfrentar los problemas de un Laboratorio de Arqueología, era yo, que lo era de Historia General, o *Historia Universal*, que después se llamó, en esta variabilidad constante de planes que tenemos en nuestra sufrida Universidad, *Historia General de la Cultura*. Los otros catedráticos eran: don Francisco Alcayde, cuyo recuerdo todos guardamos por su hombría de bien, pero que era catedrático de Filosofía; don José Casado, catedrático jubilado, que daba clases de Griego, y poco después llegaría don Francisco Sánchez Castañer a hacerse cargo de la cátedra de Literatura. Y nada más; no había nadie que pudiera acercarse, más o menos, a la problemática de la organización de un Laboratorio de Arqueología, para que los estudiantes pudieran ponerse en contacto con todas estas ciencias y sabidurías que dan acceso al conocimiento de la Antigüedad. Había que desempeñar la cátedra de Arqueología, la de Numismática, asignaturas de Epigrafía, de Paleografía y Diplomática, pero mi circunstancia personal facilitó las cosas. Creo que se disculpa que yo tenga que hablar de mí, sin vanagloria, sino simplemente como información histórica de lo que sucedió en determinado momento. La circunstancia personal es que yo era archivero, bibliotecario y arqueólogo, hasta el momento en que vine aquí como catedrático, con una preparación enciclopédica —que hoy ya no se hace— en que se exigía una total competencia en muchas cosas, por lo menos demostrada ante un tribunal de oposiciones. Esto fue lo que me permitió tener el atrevimiento de echar sobre mí la responsabilidad de poner en marcha aquel Laboratorio, con la sola finalidad, como vamos a ver ahora, de la formación y de la práctica de los alumnos, para que pudieran seguir las huellas de un Mateu y Llopis, al que tuvimos el honor de poder traer como catedrático de Paleografía en los años 43 y 44, como él ha rememorado hoy, y que fue un elemento extraordinariamente activo durante el tiempo que estuvo entre nosotros. Este valenciano, madrileño, catalán, que es don Felipe, nos prestó sus horas, su sabiduría, durante un período breve, pero muy fecundo.

Por una parte, repito, tomando el hilo de la disertación, había que dar los

fundamentos, es decir, la práctica de lo que era necesario saber: hacer improntas, leer letras antiguas, descifrar lápidas, clasificar monedas y objetos. Pero en una región históricamente tan rica como la valenciana la obligación era más notoria. Al decir históricamente comprendemos que quiero decir que esta historia ha ido dejando su poso, sus restos y su memoria en forma de objetos, de poblaciones, de enterramientos; en una palabra, en lo que llamamos Arqueología. En una región tan rica en Historia y, por tanto, en Arqueología, no bastaba una formación teórica ni una mera práctica de laboratorio, sino que había que salir a la calle, salir al campo, ir a las ciudades, a los pueblos, a los cementerios, aprovechar cualquier coyuntura que se presentara. Así, la arqueología viva, no ya la Historia que estaba muerta, la arqueología como exploración, como investigación, como búsqueda y como cuidado de ir sacando delicadamente la huella del pasado, también podría aprenderse.

Se iba, pues, recogiendo dentro de la Universidad, como ha explicado muy bien Felipe Mateu, lo que había sido hasta entonces una preocupación de estudiosos privados, de *dilettantis*, de curiosos que se habían acercado al pasado, a la Arqueología, pero no dentro de la acción universitaria, que gracias al Laboratorio se incorporaba nuevamente a las tareas, a las preocupaciones y a las labores arqueológicas. Habían transcurrido doce o catorce años desde la fundación del Laboratorio, cuando estalló la guerra civil; así que podemos calificar a ese período como primer decenio en el cual se creó la tradición universitaria del Laboratorio; a nosotros nos tocaba, en el decenio que empezaba en 1940, esta responsabilidad grave. Me enfrentaba con ella, cuando personalmente tenía todavía un aspecto estudiantil; sin embargo, he de decir, y terminaremos con las referencias personales, que esta juventud, aparente tal vez, no iba a impedir el que mis alumnos comprendieran que yo tenía un entusiasmo real por las materias que teníamos entre manos, al mismo tiempo que un deseo de participarles, por lo menos, mi mayor experiencia en muchas cosas. Así, los alumnos serían mis mejores colaboradores. Fue, como digo, un decenio difícil. Vamos a ver si cumplió o no las finalidades que nos habíamos propuesto.

En primer lugar, aparte de las tareas de *prácticas* docentes, de clasificación de monedas, de lecturas de lápidas, etc., de todo lo que he dicho antes, era necesario hacer trabajo de campo, lo que nos depararía diversas misiones en el exterior, y que voy a exponer sin orden cronológico, pues, como es comprensible, no he necesitado consultar papeles ni publicaciones para ir recordando todo lo que hicimos un grupo de jóvenes, unos más, otros menos jóvenes, llenos de entusiasmo.

Por aquel tiempo se acercó a la Universidad, donde estaba terminando su carrera, que había interrumpido por la guerra civil, lo cual no le impidió desarrollar una importante tarea de salvamento de antigüedades, José Chocomeli Galán, fundador de la revista *Saitabi*, y con el cual nos iba a unir a todos una gran amistad y un gran afecto. Él nos comunicó que en la ermita de San Félix, de Játiva, se habían encontrado unas pinturas murales, al limpiar las paredes, tras el altar mayor. Le interesaba que las viera personalmente, y fui a Játiva

acompañado de los que pudieran tener interés en esto. Fuimos los universitarios de Valencia a Játiva a ver esas pinturas, que después aparecieron publicadas en la revista *Saitabi*, y que mostraron ser muy interesantes. Pero en Játiva no se encontrarían solamente estas pinturas, pues al lado de la misma ermita de San Félix localizaríamos un cementerio visigodo en lo que parecía una canalización aneja a la ermita. Era una necrópolis visigoda, característica en su construcción, con sus dobles vertientes en las cubiertas de las tumbas. Pero había aún más en esta parte alta de Játiva: al lado, en lo que fue en tiempos un olivar, que se había secado ya, aparecerían las basas de una serie de columnas, que revelaban claramente la existencia de un templo, que pudo ser el templo de Júpiter o el de Venus.

Todas estas cosas constituían los primeros contactos con la realidad arqueológica, no con las láminas, no con fotografías ni con los objetos inertes de los museos. Nos encontrábamos con algo que había tenido su función, su vida y su momento. Así fue como los alumnos de la Universidad de Valencia, en esta nueva etapa en que quizá la esponja de la guerra había borrado tradiciones antiguas de trabajo y de estudio, volvieron por los cauces de las promociones anteriores. Recordemos siempre a Chocomeli, por haber traído a la Universidad y no a otra institución esta oportunidad de que nuestros alumnos pudieran acercarse a la ciencia de lo antiguo.

Igualmente que Játiva, Sagunto nos brindó también ocasionalmente una posibilidad de estudio, y fue cuando se nos comunicó que estaban derruyendo una casa en la carretera, una casa que parecía vieja, pero que podía ser algo más. Nos desplazamos, el ayudante de las clases prácticas y los alumnos más destacados, para ver qué había allí. He de recordar en este caso los nombres, en los que insistiré luego, de José Alcina Franch, de Miguel Enguñdanos, de Bartolomé Garcés, de Bartolomé Escandell, que fueron las personas que tomaron parte en los trabajos de campo, de acción exterior. Resultó que esta casa, por la denominación que se le daba en el pueblo, había sido la posada de la Castellona; revisando las noticias antiguas históricas, parece ser que en ella se hospedó Felipe II en alguna ocasión. Limpiando las paredes nos encontramos con unas pinturas arcaizantes hechas en el siglo XVI, seguramente por un pintor no muy docto, pero que había visto estampas, que había visto reproducciones de pinturas de tipo italiano o de Miguel Angel, pero que todavía tenía resabios más antiguos. Había una Santa Cena, un Cristo atado a la columna y otras cosas más, que era difícil precisar, porque el tiempo había hecho su operación y por la mala preparación de las paredes para recibir unos frescos. Aprovecho la ocasión para decir que entre las cosas que teníamos que realizar era el conseguir (hoy se sigue haciendo lo mismo, pero en otra dimensión distinta, como todos sabemos) medios económicos para todas estas acciones: no había ninguna dotación para viajes, ni siquiera para los bocadillos de los estudiantes que fueran al trabajo, a no ser que los llevaran de su casa, ni, naturalmente, para trabajos técnicos. Había que echar mano de la benevolencia, a veces sin comprender qué es lo que se quería, de las corporaciones munici-

pales de los sitios donde se actuaba o de la Diputación Provincial. No puedo olvidar a Adolfo Rincón de Arellano, que, siendo médico, tenía una sensibilidad especial por la cultura y nos prestó ayuda en este caso. No solamente dio los medios económicos para que se hiciera, creo que por primera vez en el Reino de Valencia, un desprendimiento de un fresco, según los procedimientos italianos, sino también para el trabajo de restauración realizado por el artista Roig d'Alós. Si ustedes van al Museo de San Pío V, en su planta baja podrán ver que están allí las pinturas que se sacaron de la posada de la Castellona.

Del mismo modo, también subimos al Sagunto antiguo, al Sagunto que tantos habían investigado y explorado, acompañados por la sabiduría y el entusiasmo juvenil, que conservó hasta sus últimos años de jubilado, don Pío Beltrán Villagrasa, tan conocedor de tantas cosas, revelador en parte de los secretos del alfabeto ibérico. Él pretendía, con su extraordinaria intuición de arqueólogo, que en las cisternas de Sagunto podrían encontrarse algo. Y sí encontramos. Nadie había bajado a estas cisternas, pero eran jóvenes las gentes que allí iban; con cuerdas, con escalas improvisadas, se bajó a ellas y, aparte de encontrar el esqueleto de algún pobre ahogado en alguna ocasión nefasta, se hallaron restos de armaduras y, cosa curiosa: unos dados. Yo no sé si es que en la época en que estaban secas las cisternas se encerraban allí a jugar a los dados, pero allí estaban. Unos preciosos datos de marfil, que no sé dónde estarán, pero que al Laboratorio se trajeron. Eran todas estas cosas restos romanos indudablemente.

De esta manera, insensiblemente, como vamos viendo, los alumnos de la Facultad iban poniéndose en contacto con la Antigüedad, con los procedimientos de acercarse a ella por medio de la investigación.

Pero quizá lo más importante que haya hecho el Laboratorio en aquellos años, como escuela permanente de inquietudes arqueológicas, sean los trabajos realizados en el pueblo de Montesa. Montesa, como sabemos, alberga uno de los castillos más importantes de España, casa central de una de las órdenes militares españolas, la que más tarde se incorporó a la corona después de que el rey don Fernando el Católico tomó para sí la Gran Maestría o Maestrazgo de todas las órdenes. Quizá el castillo de Montesa sea el único de las órdenes que se conserva, incluso después del terremoto de 1748, en cierto estado de visibilidad. Parece menos derruido de lo que está, porque la naturaleza formó ese peñasco que se yergue como un verdadero castillo y que ha sido después más o menos acicalado por la mano del hombre. Pero en realidad el castillo está muy derruido, primero por el terremoto y posteriormente por las hormiguitas humanas, que van tomando de las ruinas las cosas que aprovechan para su vida. Este caso fue el pueblo de Montesa, que prácticamente está construido, como todos saben, con lo que allí se llama *pedra de castell*, es decir, que la *pedra de castell* ha sido el fundamento de todas las casas importantes de Montesa.

Tengo que recordar, porque esto nos da una nueva dimensión de lo que era el Laboratorio de aquellos tiempos, que habíamos establecido contacto con

aquellas personas extrauniversitarias que se interesaban por la Arqueología o por las ciencias afines, entre las cuales se contaba don José Senent. Don José Senent era inspector de Primera Enseñanza, y quizá por su parentesco con don Nicolás-Primitiu Gómez, tenía también preocupaciones arqueológicas. Un día de reunión en el Laboratorio dijo: «¿Y por qué no nos preocupamos del castillo de Montesa, que ya no se va a caer, pero que van a acabar de arruinarlo los que hacen cantera de él? Valdría la pena ir allí.» Y entonces fuimos a Montesa y su castillo y nos encontramos con aquella venerable ruina, debajo de la cual, como veríamos luego, estaban todavía los esqueletos de algunos de los infelices *freres* que en el momento del terremoto no pudieron escapar y murieron ahogados, asfixiados o golpeados por las piedras que caían sobre ellos. ¿Qué era lo que podíamos hacer allí? El alcalde de Montesa, Juan José Sanchis Perales, que he invitado hoy a que viniera a estar con nosotros, porque es el mismo desde el año 1936, lo cual creo que es un *record* político en España, con enorme comprensión de lo que significaba aquel grupo de estudiantes y profesores que se acercaban a ver la venerable ruina, nos preguntó: «¿Qué es lo que podemos hacer por ustedes?» Mi contestación fue rápida: «Recibirnos cuando vengamos, prestarnos algunos obreros, que ya veremos de dónde sacamos el dinero para pagarles.» Y no faltamos durante nueve años a la promesa. Así fue como el castillo de Montesa, como he dicho antes, se convirtió un poco en la escuela de excavaciones y de trabajos de una generación de estudiantes, que vieron allí un lugar apto para excavaciones, para clasificación, para discriminación de objetos. Todavía conservo una extraordinaria fotografía de don Vicente Ferrán, el historiador del castillo de Montesa, que entonces era ayudante mío, dando una explicación de la historia del castillo y de la Orden, sobre un pequeño montículo de la parte alta, con todos los alumnos sentados alrededor, oyendo sus palabras; a esta fotografía la hemos llamado en broma el *Sermón de la Montaña*. Esto duró años y años, y aún seguimos metidos en la empresa de poder levantar el castillo, si no lo más visible, sí lo que es reconstruible, porque de entre las partes que se derrumbaron está la Sala Capitular con su patio, e *in situ* se hallaban, simplemente caídas, todas sus piedras. No hay más que tener los medios económicos para volver a poner las columnas en pie y levantar las bóvedas y los arcos para restaurar el patio y la sala capitular. Aún recuerdo al almirante Basterreche, que tanto nos ayudó, y que era el capitán general del Departamento de Cartagena, sentado en una de las gradas de esta sala, diciendo: «Esto hay que restaurarlo.» Desde entonces han pasado más de veinte años y aún esperamos que alguna vez alguien comprenda el valor que puede tener el organizar allí un gran museo de las Ordenes Militares o de la España medieval militante. Trabajamos mucho en el Laboratorio de Arqueología en torno a Montesa con los objetos que del castillo se trajeron, y que aún deben de estar en él, pues no tengo noticia de que hayan regresado nunca a su lugar de origen. Objetos, los que extrajimos, del mayor interés: armas, espuelas, dovelas, con los cuales se hizo una gran exposición de los trabajos realizados. Porque no bastaba que los alumnos participantes en esta labor de

salvamento dijeran lo que hacían, o que el benévolo don Teodoro Llorente, en sus editoriales de «Valencia al día», tratara o contara lo que íbamos realizando. No bastaba eso; tenían que conocerlo *de visu* todos los demás, y por esto se hizo una exposición que en la prensa de aquellos años (fue el de 1947) dejó constancia de lo que se había hecho. Pero ¿cómo se pudieron traer los objetos materialmente? En camiones, naturalmente. Pero ¿de quién? Unos eran del Ayuntamiento de Valencia; otros, de los naranjeros de Montesa. La cuestión era «hágase el milagro, haga quien lo haga», y lo hicimos entre todos.

Había algunos que no solamente tomaban este trabajo de Montesa o el incidental de Sagunto, o el de Játiva, como un aprendizaje, sino que querían hacer algo más, y buscaban lugares para una posible monografía. Así se nos brindaron dos localidades cercanas a Valencia, pero no en nuestra provincia: Vall de Uxó y Almenara. Algunas noticias consignadas por Schulten sobre los restos de Almenara nos pusieron un poco en la pista de que podía seguirse trabajando allí, y José Alcina y yo nos trasladamos al posible yacimiento, encontrándonos con que los restos del templo de Venus seguían estando allí, aunque, naturalmente, el templo había sido ya depredado, si bien en parte había tambores de las columnas y otros elementos, como capiteles, que eran ciertamente bellos. Encima se había construido un templo paleocristiano, cuyo plano no había sido dibujado ni expuesto por nadie. Bajando hacia el mar nos encontrábamos con que era cierta la noticia que venía consignada en la *Ora Maritima*, de Rufo Festo Avieno, de que allí había un puerto. Y ciertamente allí estaban, hundidos por la acción de las aguas, que habían ido socavando las tierras, los muelles de un antiguo puerto romano. José Alcina recogió gran cantidad de cerámica ibérica, o sea contemporánea a los romanos o quizá anterior, y también cerámica romana, que demostró la continuidad de la ocupación.

Otra construcción de aquella época fue explorada en Vall de Uxó, gracias a que el señor Segarra, de la fábrica de calzados de la localidad, nos prestó sus obreros. Allí encontramos un gran horno romano de carácter cerámico. Lo tiene estudiado José Alcina, que se inició entonces como arqueólogo. Este horno, que había sido casualmente descubierto arando el campo, desgraciadamente ya no existe, por la necesidad económica de aprovechar el terreno para cultivos. También en Valencia íbamos a hacer nuestro trabajo gracias a otro hombre que vendría también a la Universidad, como antiguo universitario, a brindarnos su colaboración: José Llorca. Resultó un entusiasta colaborador, que ha soportado bondadosamente muchas veces nuestras pesadas bromas de amistad. José Llorca tenía inquietud, como funcionario del Ayuntamiento de Valencia, de que en el ambiente municipal se pudiera hacer algo por el conocimiento de esta *Colonia veteres Valentia*, tan rica de antigüedades en su subsuelo. Cuando se hicieron demoliciones al lado del Mercado, en la calle de las Calabazas, para construir una edificación nueva, apareció un cementerio paleocristiano, probablemente el cementerio más importante de esta época que haya tenido Valencia, una Valencia que entonces estaba cruzada, como aparece en los mapas antiguos, por una serie de entrantes y salientes de agua, como si

fueran una serie de dedos que se abrieran hacia el mar formando islotes o penínsulas. En una de estas penínsulas estaba el cementerio paleocristiano, riquísimo en tumbas de doble vertiente, con restos humanos y cerámica. Fue entonces cuando, aprovechando la circunstancia de que entre los representantes de las corporaciones culturales estaba yo, de teniente alcalde del Ayuntamiento de Valencia, encargado de los monumentos, propuse y conseguí que se creara en el Ayuntamiento el Servicio de Investigación Prehistórica y Arqueológica, y que la persona indicada para dirigir aquello fuera el arqueólogo Llorca.

En el caso de esta necrópolis hubo que hacer lo que llamaríamos una *exploración de urgencia*, nada sistemático, sin levantar planos regulares, sino excavar a ver qué había dentro de las tumbas, porque el imperativo de que se habían suspendido las obras y de que tenía que construirse el edificio en tiempo determinado, nos impedía realizarlo científicamente, como hubiéramos deseado. Pero aún está lo que se consiguió, en los sótanos de la Lonja, donde estuvo establecido el Servicio de Investigación Arqueológica del Ayuntamiento. Allí están los planos, los dibujos y los restos de aquella excavación.

Al mismo tiempo, hay que recordar las visitas periódicas que hacíamos por Valencia de un modo amigable, casi divertido, un grupo de alumnos y ayudantes conmigo los domingos por la mañana, después del desayuno más bien somero en la granja de Santa Catalina. Ibamos viendo qué es lo que podía hacerse por unos u otros sitios. Así, por ejemplo, nos paramos un día delante del Almuñín: ¿no era éste un antiguo alcázar de los moros más o menos transformado? Esas ventanas inoperantes que hay debajo del tejado, de la cubierta de tejas, ¿no eran realmente las almenas? Su cubierta antigua no había sido un tejado, sino una superficie plana, un terrado, evidenciado en su interior por la serie de canchillos que habían de soportar las vigas en la terraza.

Otra tarea de los miembros del Laboratorio fue buscar las antiguas edificaciones que aparecen en el plano del Padre Tosca, y que ahora no encontramos, enmascaradas por construcciones modernas. En esta preocupación por la vieja Valencia, uno de nuestros alumnos (hoy, por los azares y cambios de la vida, autoridad mundial en el campo de la oncología, es decir, el estudio del cáncer), Bartolomé Garcés, pensó que había algo que Valencia no sabía y que, seguramente, podía ser estudiado sólo con minuciosidad benedictina, pero de benedictino itinerante: ¿por quiénes y cuándo se habían construido los pretiles del Turia? El Ayuntamiento de Valencia tiene en su archivo (supongo que alguna vez algún ponente de Cultura querrá exhumarlo) todo el recorrido de muchos kilómetros de pretil, donde están dibujadas todas las marcas de cantería de los siglos XVII o XVIII.

Una labor complementaria dentro de este Laboratorio, que incidentalmente Mateu y Llopis ha recordado, quizá sin darse cuenta, esta mañana, fue la de otras disciplinas no arqueológicas. Al Laboratorio de Arqueología le cambiamos ligeramente el título, pues lo hicimos Laboratorio de Arqueología y Ciencias Auxiliares, es decir, que teníamos que hacer en él también las prácticas y estudios de Paleografía, de Diplomática, catalogación de antiguos pergaminos

y de papeles y cartas de los Reyes Católicos (que ha quedado reflejada en la publicación de las señoritas Báguena y Abenia).

Había aún otra dimensión de la labor que llevábamos a cabo; había que hacer acto de presencia, a pesar de la penuria de nuestros medios, en la vida científica nacional, y así, cuando se celebró el Congreso de Arqueología del Sudeste de España en Albacete —don Juan Sánchez Jiménez fue su realizador—, allí estuvo presente el Laboratorio, no solamente con nuestra presencia física o la acuciosa curiosidad de los estudiantes por ver cómo era un congreso en el que acudían diversos especialistas, sino para poder hacer las primeras armas. Allí estuvieron, los que eran todavía estudiantes de la Universidad de Valencia, a hacer pequeños estudios de esto o de lo otro sobre pequeños objetos que se habían clasificado. Era aquélla una buena ocasión de contrastar si el camino que habíamos emprendido estaba acertado o no. Realmente, la consideración que recibimos y el respeto por las comunicaciones que allí se hicieron nos demostraron que no estábamos equivocados y que avanzábamos en la buena línea.

Igualmente cuando, más adelante, se celebró otro Congreso de Arqueología del Sudeste de España en Cartagena, deseamos estar presentes, pero, siempre dentro de la penuria de medios económicos, el hacerlo era difícil. El almirante Basterreche nos comunicó que nos ayudaba en el transporte, y cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos lo que nos mandó: una camioneta Chévrolet. Era una camioneta cerrada, que todos pensamos que parecía una especie de catafalco o tumba, pero catafalco con ruedas. Pero estábamos en un error, el almirante Basterreche la había convertido en un *pullman* y la había habilitado interiormente y dispuesto para cualquier largo viaje de muchas horas, aunque, naturalmente, la suspensión seguía siendo de camioneta Chévrolet. Así pudimos asistir al Congreso de Cartagena, y los alumnos pudieron conocer, explicado por el Prof. Hellmut-Schlunck, del que luego hablaré, el *Martyrion* que él había descubierto en la Alberca, y guiados por la ya entonces sabia palabra del hoy catedrático y arqueólogo español Antonio Beltrán, el hijo de don Pío, conocer de qué manera Cartagena, aunque lleva el nombre de nueva Cartago, no conserva nada de sus fundadores, pues los cartagineses no dejaron allí absolutamente nada.

Con estos ejemplos, todos nos animamos y nos dijimos: ¿si Valencia significa el centro de una zona arqueológica mucho más rica, por qué no realizar por nuestra cuenta el siguiente Congreso? El Laboratorio de Arqueología organizó el I Congreso de Arqueología del Levante Español, y, aunque he seguido bastante de cerca la vida de Valencia, puede que me equivoque, pero creo que no se ha celebrado el segundo. Aquel que nosotros organizamos reunió alrededor de unas quinientas personas, con comunicaciones de extraordinario interés. La organización corrió entonces a cargo de José Alcina, que, con su mesurada actividad, con su efectividad como secretario general, lo dispuso todo y lo coordinó. Tuvimos las reuniones en la Facultad de Ciencias, que tenía mayor amplitud para las sesiones, y recibimos el obsequio y acogida

hospitalaria que dan siempre las instituciones valencianas; recuerdo todavía a José Antonio Gómez Trénor presidiendo la gran comida que ofreció en nombre del Ayuntamiento y de la ciudad a todos los congresistas. Todo esto demuestra que había una capacidad de sensibilidad por parte de las instituciones y autoridades valencianas para acoger y auspiciar cualquier actividad de cultura, máxime si iba enlazada con la historia del pasado remoto en el cual nació Valencia, y su nombre y su cultura netamente mediterránea. El Congreso fue realmente un éxito, y lo que yo lamento es que sus actas no hayan podido ser publicadas más que de forma fragmentada en la revista del Laboratorio, hoy de la Facultad: *Saitabi*.

Y ya que hablo de revista, entonces se inició también la publicación de un órgano de la Facultad, que para mí es muy satisfactorio que siga siéndolo todavía hoy. Me he referido antes a José Chocomeli Galán; él había publicado dos números de una revista que tituló —porque era su patria— *Saitabi*, es decir, Játiva. La mantenía con su propio peculio, pero con mucho esfuerzo. Habían aparecido en ella temas de interés arqueológico general, como era la problemática de donde pudo estar la primitiva Tartessos, en la polémica o discusión con César Pemán, pero ya no tenía posibilidades de seguir adelante con ella. Me propuso que la Facultad, es decir, el Laboratorio, se hiciese cargo de la publicación, y con la irresponsabilidad que da el saber que no se tiene absolutamente ningún dinero, nos lanzamos a la empresa de continuar publicando la revista. Le cambiamos un poco el formato, redujimos un poco el lujo tipográfico y tuvimos la satisfacción de contar con la aportación más barata de un linotipista amigo, el tío de José Luis Villar Palasí, que nos ponía precios de coste. La llevamos a imprimir a la imprenta de Vives Mora, primero, y luego a otras, en busca de sitios donde pudiéramos tener crédito. Pese a nuestra penuria (nunca hubo entonces consignación para publicaciones), nos negamos a llenar la publicación de anuncios de cualquier tipo, lo cual significaba cierto heroísmo entonces. La revista fue el cauce donde pudieron tener realidad escrita los estudios y trabajos de nuestros alumnos, pues no bastaba solamente que aprendieran o que investigaran, sino que vieran y vivieran lo que es la coronación final de todo este proceso de trabajo, es decir, que tuvieran la posibilidad de verlo en letra de imprenta.

Como un anejo de esta revista comenzamos a publicar unas series monográficas. Muchas veces, rememorando, no me alcanza el recuerdo a saber de dónde salía el dinero, lo confieso públicamente por si esto puede servir de documento de una época, en que se podían hacer las cosas según adagio, que no sé quien inventó, de «hacer lo que se debe, aunque se deba lo que se haga». Nosotros lo hacíamos así porque creíamos que esto es lo que debíamos de hacer. Iniciamos, como digo, unas series en el que Francisco Sevillano Colón publicó un elenco de abreviaturas paleográficas; Antonio Beltrán, en fascículos, una *Nuismática* clásica (que llegó a ser un volumen de doscientas y pico de páginas), y Vicente Fontabella, la reedición de un impreso, que corrió muy poco, sobre la conquista del reino de Itzá en el Yucatán, por Martín Ursúa.

Aparecieron otros anejos importantes, que iban dando cuenta de la labor del Laboratorio, entre ellos uno que nació del entusiasmo y la iniciativa de aquel grupo que estaba constantemente en torno al Laboratorio, y que llamamos *Boletín del Reino de Mallorca*. Es sabido que la emigración de estudiantes mallorquines, especialmente los de humanidades, era hacia Valencia tanto como a Barcelona, lo que determinó que el grupo mallorquín de Valencia pensara crear aquí ese *Boletín*. Fue don Bartolomé Garcés, que ya he dicho que es hoy oncólogo famoso, el que se encargó de la dirección. Quizá las primeras notas que se dieron sobre excavaciones hechas en los fosos de las murallas, o en los bajos de la catedral, hechas por él, o estudios sobre piezas que estaban arrumbadas en cerrados museos y en abandonados depósitos militares, fueron dadas en este *Boletín del Reino de Mallorca*. Igualmente aparecería en las publicaciones anejas algo que ahora es de novísima actualidad: un estudio de las atarazanas de Valencia, que entonces estaban condenadas a la desaparición. Creo que se detuvo en cierto modo el proceso de utilización de sus solares gracias a este estudio, muy profundo, muy documentado, con fotografías y con planos, que hizo el profesor Roberto Ferrando Pérez, alumno entonces de la Facultad, que se encargó voluntariamente, movido por su entusiasmo por *les coses valencianes*, de la exhumación de aquellas ruinas, que no eran tales ruinas, sino que estaban enmascaradas por añadidos posteriores.

Al mismo tiempo, nosotros no queríamos que la Universidad se convirtiera pretenciosamente en el centro del dogmatismo arqueológico, porque habían otras instituciones fuera que tenían más proyección, como el Servicio de Investigación Prehistórica, como el mismo Rat Penat, aunque tuviera una dimensión un poco más popular (no olvidemos que allí había nacido la revista *Cultura Valenciana*, dirigida por mi llorado amigo José María Giménez Fayos), y que también el Ayuntamiento y la Diputación se habían preocupado de estas cosas. Por eso quisimos en el Laboratorio mantener relaciones con los particulares, que vivificaran un poco esta relación, tan precaria todavía en nuestra vida nacional, entre la sociedad y la Universidad. Entonces enlazamos con aquellas gentes beneméritas que he mencionado antes: José Senent, Nicolau-Primitiu Gómez, Isidro Ballester, Pío Beltrán Villagrasa, Francisco Beltrán Bigorra, tan interesado por las cuestiones paleontológicas, y celebramos periódicamente en el seno del Laboratorio reuniones científicas, donde se hacía el planteamiento de problemas de toda índole, problemas prácticos, problemas científicos, o simplemente departir sobre lo que se sugiriera, como preparar, a veces, la edición de un número de la revista. O preparar los objetos, en el Museo del Servicio de Investigación Prehistórica, para que los alumnos fueran, cuatro o cinco días después, a estudiarlos.

Quisimos englobar el trabajo del Laboratorio de Arqueología dentro de las inquietudes de la sociedad y de las instituciones provinciales y locales, pero al mismo tiempo también brindar a todos una información mayor de nuestras actividades o de nuestras preocupaciones.

Siguiendo este criterio, se organizaron cursos y exposiciones cara a la ciu-

dad; así, por ejemplo, un homenaje público a don Roque Chabás, que no fue solamente historiador, sino también arqueólogo, como se ha recordado esta mañana. Fue una exposición de *recuerdos chabásianos*, y aunque nuestro canónigo catedralicio había actuado científicamente fuera de la Universidad, la Universidad recogió su memoria, buscamos entre familiares y amigos objetos que le habían pertenecido, ediciones de sus obras, tiradas aparte difíciles de hallar. Una exposición de la que existe felizmente todavía el catálogo impreso.

Entre estas actividades mirando al exterior que el Laboratorio organizaba, se contó un curso breve de don Adolfo Schulten; yo creo que fue la última actuación que tuvo Schulten en España. Venía de Barcelona camino de Madrid y se detuvo por unas horas en Valencia; yo recuerdo la entrevista que tuvimos en su habitación del hotel perfilando los aspectos económicos de su colaboración.

Este período que voy rememorando coincidió con la Segunda Guerra Mundial, con el consiguiente colapso de toda la ciencia alemana, lo que deparó una verdadera *diáspora* de sabios e investigadores, entre los que se contaba, en España, un profesor extraordinario: Hellmut Schlunck, al que ya me he referido antes. Conseguimos de él, durante varios años, que viniera periódicamente a explicar un curso de Arqueología Paleocristiana, que fue muy útil y provechoso a tantos alumnos nuestros. Se procuró que toda figura importante de la ciencia pudiera venir a Valencia, como Luis Pericot, Antonio García Bellido, Julio Martínez Santaolalla, José Pérez de Barrados, etc. Las conferencias se daban siempre en el seno del Laboratorio.

Laboratorio, sí, al que hemos mencionado muchas veces. Como ha dicho muy bien esta mañana Felipe Mateu y Llopis, no existía entonces la palabra Seminario, que tenía quizás otro sentido. Es tan exacta la palabra Laboratorio, porque muchas de las cosas que se hacen allí son verdaderamente laboriosas, que cuando ha crecido en Madrid nuestro Departamento de Antropología y Etnología de América, dentro del cual está, naturalmente, la Arqueología, José Alcina, que fue colaborador de todas las obras que hemos ido recordando, y es hoy catedrático de Arqueología del Departamento, ha llamado a su lugar de trabajo Laboratorio de Arqueología Americana y no Seminario de Arqueología Americana. Yo creo que esta denominación es una lejana resonancia de nuestra experiencia valenciana.

No podemos dejar de pensar que cumplió una función el Laboratorio de Arqueología en aquellos días. Así, cuando un universitario como yo tuvo acceso al Ayuntamiento, pudimos, profesor y alumnos de la Facultad, vinculados al Laboratorio, tomar parte en el rescate de las Torres de Cuarte. Las Torres de Cuarte habían sido devueltas a la ciudad de Valencia, pero mutiladas, sin sus almenas, que le había quitado como castigo Felipe V. Habían sido también mutiladas con una serie de añadidos de pisos y de entrepaños, de cañerías y servicios higiénicos, que durante largo tiempo habían sido necesarios para la prisión militar que allí funcionó. Esta labor yo no podía hacerla solo, pese a la excelente colaboración de los arquitectos, y conté siempre con

el auxilio y la ayuda de los miembros del Laboratorio, que empleando sus horas libres iban a trabajar, a veces físicamente, en las Torres, a retirar objetos, descubrir huellas de las escalinatas laterales, que habían sido arrancadas, hasta dejar limpio aquello, con la misma belleza que las Torres de Serranos.

Esta es, a grandes rasgos, la labor de diez años del Laboratorio de Arqueología. Es probable que no fuera una labor científica profunda, pero creo que queda bien claro que allí se formaron arqueólogos futuros que hoy están en las universidades e institutos de España. Lo importante era que había que salvar el momento difícil de la postguerra, hasta que vinieran catedráticos de Numismática, de Epigrafía, de Arqueología, de las ciencias auxiliares, en propiedad, a dirigir, y con más medios económicos, los trabajos. Era preciso no dejar un vacío entre don Luis Gonzalbo y los hombres que vinieran después. Había que tender un puente hacia el futuro, con cierta improvisación, pero sin que esto sea una alabanza, de lo que en deporte se llama *la furia española*, ni el *pensat i fet* de nuestros valencianos. Había que hacer las cosas en el momento en que había que hacerlas y, naturalmente, supliendo las dificultades con el entusiasmo y la buena voluntad, sintiéndonos todos camaradas en esta gran lucha por mantener no solamente, y no quisiera hacer una frase cursi, «la llama de la ciencia entre nosotros», sino, sobre todo, el amor hacia las cosas antiguas; que no fuera necesario un renacimiento de la arqueología valenciana, sino un lazo entre los viejos de antes de la guerra y de después de ella, unidos en una misma y entusiasta falange de arqueólogos que mirara hacia adelante. Creo que esto se ha cumplido, y que si hoy la Universidad de Valencia está a la altura que merece, con su Laboratorio de los tiempos presentes, excavaciones, publicaciones y sabios arqueólogos, se debe, en parte, a que sembramos entonces la semilla para los tiempos venideros.